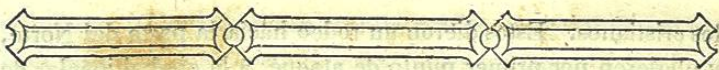


los, diciéndoles que reposasen y que presto les daría las manos llenas.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> "Y ellos me dijeron que traían deseo de se ver con los de Colhuac, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venían con deseo de su venganza ó morir con nosotros: yo les di las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daría las manos llenas." *Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 283.*



## CAPÍTULO II.

RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL POR CORTÉS.—OCUPACION DE TLACOPAN.—ESCARAMUZAS CON EL ENEMIGO.—ESPEDICION DE SANDOVAL.—LLEGAN NUEVOS REFUERZOS.

(1521.)

En el término de tres ó cuatro dias proporcionó el general á los tlaxcaltecas la oportunidad que tanto deseaban y dió activa ocupacion á su ardor belicoso. Habia resuelto practicar un reconocimiento de la capital y sus inmediaciones, y castigar de paso á varias ciudades que le habian enviado mensajes insultantes, y tomaban gran parte en hostilizarle; pero solo comunicó su proyecto á unos cuantos oficiales por temor de los tetzcocanos á quienes suponía en correspondencia con el enemigo.

A principios de la primavera salió de Tetzco, con trescientos cincuenta españoles y todo el ejército aliado: llevó consigo á Alvarado y Olid, y dejó encomendado á Sandoval el mando de la guarnicion. Cortés habia experimentado cuán poco adecuado era el primero de estos oficiales para tan delicado puesto, en el breve pero desastroso gobierno que habia desempeñado en México.

Pero ningunas precauciones bastaron para ocultar sus designios á aquel enemigo vigilante que no apartaba de él la vista, que aun parece que adivinaba sus pensamientos y que siempre estaba preparado para desbaratar su ejecucion. Pocas leguas habia andado cuando encontró un cuerpo de mexicanos dispuestos á impedirle el paso: trabóse una escaramuza algo reñida en la que los indios fueron desalojados, y el camino quedó libre á

los cristianos. Estos dieron un rodeo hácia la parte del Norte, y eligieron por primer punto de ataque, á la ciudad insular de Xaltocan, situada al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado hoy de San Cristóbal. La ciudad estaba completamente rodeada de agua y comunicaba con la tierra firme, por calzadas, á manera de las de México. Cortés puesto á la cabeza de la caballería entró en la calzada y avanzó hasta encontrar con un foso por donde el agua entraba de tal suerte, que era intransitable no solo para la caballería, sino aun para los infantes. El lago estaba plagado de canoas llenas de guerreros, que habiendo percibido el movimiento de los españoles, acudían en socorro de la ciudad, y los cuales hicieron una descarga furiosa de piedras y saetas contra los blancos, de cuya mosquetería los defendían un poco las endeble murallas de que estaban provistas las canoas.

Las rudas descargas de los mexicanos causaron algun daño á sus enemigos y comenzaron á ponerlos en desórden por estar apiñados en aquel estrecho paso; por lo que Cortés mandó la retirada. Esta fué acompañada de nuevas descargas por parte de los indios y de gritos amenazadores. El grito de guerra de los aztecas, parecido al ahullido de todas las tribus norte-americanas, sonaba espantosamente en los oídos de los españoles, segun refiere el mismo conquistador.<sup>1</sup> En tal aprieto, supo afortunadamente Cortés, porque se lo dijo un desertor que venía entre los aliados mexicanos, que habia un vado por el cual podia pasar el ejército y llegar hasta la plaza. Al instante mandó á la mayor parte de la infantería que pasase, y él con el resto del ejército se quedó cubriendo la retaguardia.

Las tropas, guiadas por el mexicano, vadearon el lago sin gran trabajo, aunque en algunos puntos el agua les llegaba hasta cerca de la cintura. Durante el paso fueron seriamente molestados por los indios; pero luego que llegaron á tierra seca, tomaron ámplia venganza de ellos haciéndoles huir ó pasándolos á cuchillo. La mayor parte del ejército y los moradores de la ciudad huyeron en botes y abandonaron la ciudad

<sup>1</sup> "De lejos comenzaron á gritar como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oírlos." *Relac. Terc.*, pág. 209.

al pillage. Encontráronse en ella muchas mugeres que se habian resignado á su destino, y las cuales juntamente con gran cantidad de telas de algodón, oro y víveres, cayeron en manos de los vencedores, quienes despues de poner fuego á la ciudad, se volvieron triunfantes á sus cuarteles.<sup>2</sup>

Cortés prosiguió su tortuoso camino durante el cual encontró otras tres plazas que fueron abandonadas por sus habitantes luego que se supó que se acercaba.<sup>3</sup> La principal de ellas fué Azcapotzalco, en otro tiempo capital de un estado independiente, y hoy el mercado de esclavos de los aztecas, á quienes traían allí para venderlos públicamente. Era tambien el lugar de los joyeros y donde hicieron á los españoles las ricas alhajas á que redujeron el tesoro de Moteuczóma. Pero encontraron corta cantidad de metales preciosos y objetos de valor, porque todos habian sido estraidos por los habitantes. Sin embargo, por no haber encontrado resistencia, perdonaron los españoles los edificios de esta ciudad.

De noche dormía el ejército á campo raso y en la mayor vigilancia, porque todo el país estaba insurreccionado, no habia punta de un cerro donde no se viesen arder hogueras, y finalmente, de vez en cuando se descubrian grandes masas de indios.

La parte de Anáhuac que estaban recorriendo los españoles era la region mas opulenta. En los valles y en los montes encontraban diseminadas ciudades y pueblos cercados de campos bien cultivados y que daban todos los indicios de una poblacion industriosa. En el centro de este brillante círculo se aventajaba la metrópoli indiana, con su vistosa corona formada de pirámides y templos y llamando la atencion del soldado durante todo su rodeo por las orillas del lago. No habia una pulgada de tierra de la que estaban pisando los españoles que no les fuese conocida como la de su infancia; pero que desper-

<sup>2</sup> *Ibid*, loco citato. *Bernal Diaz*, cap. 141. *Oviedo*, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, cap. 20. *Ixtlixochitl*, *Venida de los españoles*, págs. 13, 14. *Idem*, *Hist. Chich.*, MS., cap. 92. *Gomara*, *Crónica*, cap. 125.

<sup>3</sup> Estas ciudades tenían los melodiosos nombres de Tenajocan, Cuauhtilan y Atzapozalco. En el texto he procurado ahorrar al lector de todos estos nombres que no conoce y que no tienen ni siquiera la cualidad de ser breves, para retenerlos.

taba recuerdos muy diversos, pues estas escenas estaban escritas en su memoria con caracteres de sangre. A la derecha de los conquistadores se levantaba el cerro de Moteuczóma en cuyo templo habian encontrado abrigo en la noche siguiente á la de su huida: al frente estaba la inhospitalaria Tlacopan, cuyas calles atravesaron entonces llenos de miedo y consternación; y al oriente de dicha ciudad se dilataba la tristísima calzada.

El general se proponia ir en derechura á Tlacopan y establecer allí sus cuarteles, y aunque encontró fuera de sus murallas un ejército de indios dispuesto á disputarle la entrada, avanzó sin tardanza y cargó sobre ellos á galope tendido. Los arcabuces y ballestas abrieron brecha en las alas estendidas del ejército enemigo, y la infantería armada de sus largas espadas y lanzas, y ayudada por los batallones aliados, siguió tras la caballería y en breves instantes puso en fuga al enemigo. Los españoles acostumbraban abrir el combate con una carga de caballería; pero si la ciencia de los aztecas hubiera sido igual á su valor, habrian podido por medio de largas lanzas volver algunas veces en favor suyo el éxito de la batalla; porque mediante esta arma formidable lograron los montañeses suizos, pocos años antes de este periodo de nuestra historia, derrotar y vencer completamente la famosa caballería de Carlos el Calvo, la mejor de sus tiempos. Mas los bárbaros ignoraban la utilidad de esta arma para contener á la caballería; aunque puede suceder tambien que la vista del caballo y del jinete haya causádoles una impresion misteriosa que acaso contribuia tanto á desconcertarles como el caballo mismo.—Cortés hizo entrar á sus tropas sin resistencia en los suburbios de Tlacopan (hoy Tacuba), y pernoctó allí aquella noche.

A la mañana siguiente se encontró con los infatigables aztecas formados en las llanuras que están á la salida de la ciudad y prestos á presentarle batalla. Salió á su encuentro y despues de una refriega reñida aunque de poca duracion, volvió á derrotarlos. Ellos huyeron juntamente con los habitantes hácia la ciudad, pero fueron recibidos con las puntas de las lanzas y obligados á evacuar la plaza. Esta quedó luego abandonada al pillage; pero los aliados no contentos con ha-

ber robado cuanto encontraron, pusieron fuego á uno de los barrios, el cual estando formado probablemente de miserables chozas compuestas de materiales fácilmente combustibles, prendió con espantosa rapidez. Cortés y los suyos hicieron cuanto pudieron para impedir que cundiese el incendio; pero los tlaxcaltecas eran hombres feroces y difíciles de conducir en todos tiempos, pero cuando estaban inflamados no obedecian ni al general mismo. Eran terribles auxiliares, y á causa de su insubordinacion, tan temibles á veces como amigos que como enemigos.<sup>4</sup>

Cortés dispuso permanecer allí algunos dias, durante los cuales se aposentó en el antiguo palacio de los Señores de Tlacopan, el cual era una larga fila de edificios bajos, semejantes á casi todas las residencias régias del pais; pero que ofrecia grandes comodidades para alojarse. En todo el tiempo que permanecieron los castellanos en este lugar no hubo un solo dia que no trabasen una ó muchas escaramuzas con los indios, las cuales terminaban siempre en favor de aquellos, aunque con alguna pérdida suya y de sus aliados. Uno de estos encuentros pudo haber sido de fatales consecuencias.

El general español engolfado en el alcance, se internó en la gran calzada que tan aciaga habia sido en otra vez para su ejército. Persiguió al enemigo fugitivo, hasta que éste llegó al otro lado del primer puente, el cual habia sido reparado despues de la noche triste. Luego que habia avanzado hasta allí, se volvieron los aztecas con la rapidez del relámpago, ayudados de un refuerzo dispuesto de antemano á auxiliar á sus compatriotas. Al mismo tiempo surgieron como por encanto millares de canoas en que no habian reparado los españoles con el calor de la persecucion. Viéronse éstos envueltos en una granizada que venia de todas partes y permanecian inmóvi-

<sup>4</sup> Segun Cortés incendiaron esta plaza en represalia de los daños que sus habitantes causaron á los españoles en su retirada. "Ya amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque quando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella, juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles." *Relac. Terc.*, pág. 210.

les en medio de aquella tempestad; pero Cortés conociendo, aunque demasiado tarde, el peligro en que estaba, dió orden de emprender la retirada. Sus tropas retrocedieron paso á paso con admirable serenidad y firmeza, haciendo frente al enemigo. <sup>5</sup> Los mexicanos avanzaron dando sus acostumbrados ahullidos, haciendo resonar con ellos las riberas y mortificando á los españoles con picas que remataban en las hojas de espada que les habian quitado. Un hidalgo llamado Volante que llevaba el estandarte de Cortés, fué herido con una de esas armas y cayó en la laguna, donde se vió luego acometido por las canoas; pero era hombre de gran fuerza muscular, por lo que consiguió, á pesar de que los indios lo arrastraban, desasirse de sus garras y sin soltar la bandera, llegar á la orilla á costa de mil trabajos. Por último, despues de una refriega muy reñida en la que quedaron heridos varios españoles y muertos muchos aliados, llegó Cortés á tierra firme. Luego que se vió en ella dió al Todopoderoso las mas sinceras gracias por haberle libertado milagrosamente. <sup>6</sup> Saludable leccion fué esta, bien que Cortés no la necesitaba despues de lo acaecido en Ixtlapalapan, donde pudo aprender la astuta táctica de los indios.

Uno de los primeros objetos que llevaba Cortés en esta expedicion era alcanzar una entrevista con el emperador ó algunos de los grandes señores de su corte, para ver si podia arreglar los negocios sin apelar á las armas. Presentósele ocasion de realizar su deseo una vez que se encontró frente por frente con el enemigo, mediante un puente. Cortés dejó atrás su gente y se acercó á éste haciendo señas de paz y de querer entrar en pláticas con los aztecas. Ellos respetaron la señal, y Cortés preguntó por medio de su intérprete, si tenian algun gran señor que enviar á conferenciar con él. Los mexicanos le contestaron con burla que todos ellos eran gefes, y que si tenia algo que decir podia hablarlo públicamente delante de to-

<sup>5</sup> "Luego mandó que todos se retrajesen y con el mayor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas sino los rostros, á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas." Bernal Diaz, cap. 141.

<sup>6</sup> "De esta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios." *Ibid*, ubi supra.

dos ellos. Viendo que el general no respondia, le preguntaron que ¿por qué no hacia otra visita á la capital, y añadieron valentamente: "tal vez Malintzin no espera encontrar en ella otro Moteuczóma tan obediente á sus mandatos como el primero." <sup>7</sup>

Algunos de ellos cumplieron á los tlaxcaltecas con el epíteto de *mujeres* que nunca se habian atrevido á acercarse á la capital, mientras no estuvieron protegidas por los blancos.

La animosidad de las dos naciones no paraba solamente en estas bravatas y en invectivas aunque amargas, inofensivas; sino que los principales gefes de los ejércitos se retaban formalmente. Esta especie de desafíos eran un combate entre uno ó varios gefes de cada nacion, donde cada cual procuraba dejar bien puesto el nombre de la suya respectiva. Abriase ancho campo á los guerreros, los cuales peleaban con todo el pundonor de un caballero europeo. Combatian hasta el extremo, desplegando un valor digno de las dos razas mas bravas del Anáhuac, y una destreza en el manejo de las armas, que escitó la admiracion de los españoles. <sup>8</sup>

Cortés habia estado seis dias en Tlacopan, y ya nada habia que le detuviese allí, pues habia llenado los principales objetos de la expedicion. Habia sojuzgado á varias de las ciudades que mayor parte habian tomado en hostilizarle, y habia revivido el brillo de las armas castellanas, tan ofuscado á consecuencia de los últimos reveses. También habia adquirido mayor conocimiento del estado de la capital, á la cual encontró mejor defendida de lo que se habia imaginado. Todos los estragos del año pasado habian sido reparados, y ni un ojo esperto descubria allí vestigio alguno de que la devastadora mano de la guerra habia assolado aquellas comarcas. Las tropas aztecas reunidas en el valle, estaban á lo que parecia, bien arregladas y dispuestas á resistir hasta el último extremo. Verdad es que habian sido derrotadas en cuantos encuentros habia habido, y que no podian competir en campo raso con los españo-

<sup>7</sup> "¿Pensáis que hay agora otro Moteuczóma para que haga todo lo que quisierdes?" *Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 211.*

<sup>8</sup> "Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente." *Ibid*, ubi supra. *Ovicado, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.*

les, cuya caballería era para ellos irresistible y cuyas armas de fuego traspasaban la cota de algodón que era la principal defensa del guerrero indio; mas estando los mexicanos ocultos y emboscados en estrechas calles y calzadas, sus enemigos perdían gran parte de su superioridad, como lo había probado la experiencia. No era fácil entrar en avenimiento con el emperador mexicano, el cual fiado en la suficiencia de sus preparativos, se rehusaba á él completamente. Cortés se penetró, pues, de la necesidad que tenía de apurar todos sus recursos, antes de aventurarse á atacar al león en su guarida.

Los españoles se volvieron por el mismo camino que habían traído. Los naturales tomaron aquella retirada por una derrota, y venían tras el ejército echando bravatas y causándole algún daño con sus flechas y piedras; mas Cortés, para que no siguiesen molestándole ocurrió á uno de los estratagemas usados por sus enemigos: dividió su caballería en dos ó tres trozos pequeños y la emboscó tras de los matorrales que cubrían las dos orillas del camino: el resto del ejército continuó su marcha. Los indios que no sospechaban la emboscada, continuaron también avanzando, cuando de repente salió la caballería del lugar donde estaba oculta y puso en desorden los flancos de la columna india, al mismo tiempo que la infantería castellana volvió caras y completó la derrota. En una llanura estensa y completamente plana, se pusieron en fuga los mexicanos poseídos de un terror pánico: la caballería los persiguió por cerca de dos leguas, lanceando á los fugitivos, á lo cual llama Cortés hermosa cosa.<sup>9</sup> El ejército no volvió á ser molestado.

A su llegada á Tetzoco les recibió llenos de gozo la guarnición que durante los quince días que habían estado ausentes no había tenido noticia de ellos. Los tlaxcaltecas luego que llegaron solicitaron el permiso de volver á su patria á llevar el rico botín que habían cogido durante la campaña, á cuya solicitud, bien que no fuese de su gusto, tuvo Cortés que acceder.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> "Y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma que fué muy hermosa cosa." *Relac. Terc.*, pág. 212.

<sup>10</sup> Por lo tocante á esta expedición de Cortés, consúltese además de su carta tantas veces citada, á Oviedo, loco citato. *Torquemada, Monarq. ind.*, lib. 4, cap. 85. *Go-*

Tres ó cuatro días hacia que estaban en sus cuarteles los españoles cuando llegó una embajada de Chalco pidiendo su protección contra los aztecas que los amenazaban por varias partes. Pero las tropas estaban tan estropeadas á causa de las vigilias, marchas forzadas, batallas y heridas, que Cortés quería darles tiempo de restaurarse antes de volver á emprender otra nueva campaña. Contestó á los de Chalco, mandando misivas á las ciudades aliadas, para que acudiesen en ayuda de la confederada. Ya se podrá suponer que los indios no comprendían el contenido de las cartas; pero sus caracteres misteriosos servían de credencial al oficial que las llevaba.

Aunque esta orden fué implícitamente obedecida, los chalqueños se creyeron tan comprometidos que renovaron su petición de que viniese Cortés en persona. Éste no titubeó en acceder, porque conocía la importancia de Chalco, no solo por lo que él valía en sí, sino por su posición que dominaba los caminos de Tlaxcallan y Veracruz, los cuales convenía que estuviesen siempre espeditos. Por consecuencia, destacó al instante una partida de trescientos españoles y veinte ginetes, á las órdenes de Sandoval, para que fuese en auxilio de la ciudad amenazada.

Este activo oficial, pronto estuvo á la vista de Chalco, y robusteció su ejército con los refuerzos de esta ciudad y de las aliadas. Sus primeras operaciones se dirigieron contra Huaxtepec, ciudad algo importante que está cosa de cinco leguas al sur de la sierra, y á la cual defendía una guarnición azteca que espiaba el momento de bajar sobre Chalco. Sandoval la encontró formada á alguna distancia de la ciudad, en disposición de salirle al encuentro. El terreno era fragoso y lleno de malezas que estorbaban los movimientos de la caballería, la cual luego entró en desorden. Sandoval mismo no pudo moverse espeditamente, por lo que después de sufrir alguna pérdida, mandó á los ginetes que se retirasen: estos fueron reemplazados por los arcabuceros y ballesteros que hicieron un fuego bien sostenido sobre las gruesas columnas indias. El

*mara, Crónica*, cap. 125. *Ixtlilxochitl, Venida de los españoles*, págs. 13, 14. *Bernal Díaz, Hist. de la Conq.*, cap. 141.

resto de la infantería con espadas y lanzas atacó los flancos, y el enemigo azorado con el choque, retrocedió desordenadamente despues de sufrir gran pérdida, y dejó el campo á los españoles.

Los vencedores determinaron pasar allí la noche; pero estando disponiéndose á emprender su marcha de por la mañana, los levantó el grito de “á las armas, á las armas, ahí está el enemigo.” En un instante el ginete estaba sobre su caballo, el infante con su mosquete ó su buena espada toledana, y el combate trabado con mayor furia que anteriormente.

Los mexicanos habian recibido un refuerzo de la ciudad; pero con todo, su segunda tentativa fué tan desgraciada como la primera, y los españoles victoriosos arrollando delante de sí al ejército indio, entraron en la ciudad que ya habia sido evacuada por los habitantes.<sup>11</sup>

Sandoval se aposentó en la casa del cacique, la cual estaba rodeada de jardines que competian en magnificencia y aventajaban en estension, á los famosos de Ixtlapalapan. Dicen que ocupaban dos leguas, que tenian casas de recreo y numerosos estanques llenos de varias clases de peces, y estaban plantados de árboles, arbustos y matas, indígenas y ecsóticas, notables por su hermosura y fragancia ó por sus propiedades medicinales: todas ellas estaban dispuestas científicamente, y en todo el jardín sobresalia una inteligencia en la horticultura y un buen gusto, desconocido entonces hasta de las mas cultas sociedades de Europa.<sup>12</sup> Tal es el testimonio, no solo de los rudos conquistadores, sino de los sabios que conocieron aquellos magníficos jardines en sus hermosos días de gloria.<sup>13</sup>

11 *Relac. Terc.*, págs. 214, 215. *Gomara, Crónica*, cap. 146. *Bernal Diaz*, cap. 142. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33., cap. 21.

12 “La cual huerta,” dice Cortés que despues pasó por allí: “es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito y por medio della va una gentil ribera de agua, y de trecho en trecho cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, é infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y fiores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.” (*Relac. Terc.* págs. 221, 222.) *Bernal Diaz* no le va en zaga á Cortés en punto á ponderaciones y elogios de dicha huerta. *Hist. de la Conq.*, c. 142.

13 El distinguido naturalista Hernandez habla frecuentemente de este jardín de donde sacó muchos de los ejemplares para su grande obra. Tuvo el jardín mencionado

Despues de descansar dos dias en este delicioso lugar, marchó Sandoval contra Jacapichtla que distaba cosa de cuatro leguas al oriente. Era una ciudad ó mejor dicho una fortaleza puesta en percha sobre una roca tan escarpada que era casi inaccesible. Guardábala una guarnicion azteca la cual al intentar subir los españoles, dejó rodar grandes peñascos que esparcian la devastacion y la muerte por donde pasaban. Los indios aliados retrocedieron llenos de espanto; pero Sandoval indignado de que hubiese una empresa dificil hasta el punto de resistir á las tentativas de un español, mandó á sus ginetes que se apeasen y determinó de morir ó de tomar la plaza por asalto, y se puso á la cabeza de sus tropas dando el punzante grito de “Santiago”<sup>14</sup> Estas subieron llenas de brio al ver á su intrépido comandante, al cual no contenia ni la lluvia de proyectiles y de enormes piedras que al despeñarse derribaban á los soldados y causaban horrendo estrago. Sandoval que ya habia salido herido en el anterior combate, recibió ahora una contusion en la cabeza y muchos de sus compañeros fueron heridos á su lado. A pesar de todo, continuaron subiendo, guarecidos por los matorrales y por las peñas salientes, é impulsados igualmente por la energia de su espíritu que por la robustez de sus cuerpos.

Despues de increíbles trabajos lograron subir á la cumbre del cerro y se encontraron frente á frente de la azorada guarnicion: por un momento se detuvieron para recobrar aliento; pero despues embistieron con la furia de un leon, sobre sus enemigos. El combate fué breve, pero desesperado; la mayor parte de los aztecas fueron pasados á cuchillo, otros fueron arrojados desde lo alto de las almenas, y otros se arrojaron espontáneamente á un precipicio atravesado en su base por un riachuelo en cuyas riberas se estrellaron; por manera que que-

la buena fortuna de que se le conservase hasta despues de la conquista; y sirvió por sus plantas medicinales para el hospital que se estableció en las inmediaciones. *Clavijero, Stor. del Messico*, tomo II, pág. 153.

14 “E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de Señor Santiago, comenzaron á subir.” *Relac. Terc. de Cortés*, en *Lorenzana*, pág. 214. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 21.

dó tan teñido de sangre, que por mas de una hora no pudieron los vencedores saciar la sed con sus aguas.<sup>15</sup>

Sandoval despues de sojuzgar las plazas fuertes que inquietaban tanto á los chalqueños, se volvió en triunfo á Tetzco. En el entretanto, el emperador azteca que estaba atento á cuanto pasaba, creyó favorable coyuntura para recobrar á Chalco, la ausencia de tantos de sus guerreros; á cuyo efecto mandó gran número de gente embarcada en canoas y á las órdenes de los primeros generales.<sup>16</sup> Afortunadamente los chalqueños ausentes llegaron á la ciudad antes que el enemigo; pero no obstante el auxilio de los aliados indios, les puso tanto miedo el aparato bélico de los aztecas, que volvieron á implorar la ayuda de los españoles.

Los mensajeros llegaron á Tetzco al mismo tiempo que Sandoval, de suerte que Cortés no sabia qué pensar de tan contradictorias noticias. Sospechó que su teniente hubiese tenido algun descuido, y disgustado de que se hubiese vuelto dejando las cosas en un estado tan precario, le ordenó que volviese á marchar con aquellas de sus tropas que estuviesen en disposicion de entrar en combate. Sandoval se resintió profundamente de este proceder; pero sin tratar de disculparse ni replicar una sola palabra, contramarchó con sus tropas hácia la ciudad india.<sup>17</sup>

Antes de que llegase á ella se trabó una batalla entre los mexicanos y los aliados, los cuales alentados por sus recientes triunfos, quedaron victoriosos. Cayeron prisioneros algunos nobles mexicanos, que fueron entregados á Sandoval para que los llevase prisioneros á Tetzco. Cuando regresó el hidalgo

15 Así lo dice el conquistador. (Relac. Terc., pag. 215.) Diaz que á nadie permite que escagere si no es él mismo, dice: "tanto tiempo quanto tarde uno en decir Ave María." (Hist. de la Conq., cap. 142.) Recuérdese que ninguno de los dos estaba presente.

16 El valiente capitan Diaz que afecta en sus cálculos una sobriedad que le hace á veces apocar los del capellan Gomara, dice que las fuerzas de los aztecas consistian en 20.000 indios en 2.000 canoas. Ibid, loco citato.

17 "El Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion ni le oir, le mandó volver." Ibid, ubi supra.

á esta ciudad, resentido del indigno trato que le habia dado Cortés, no quiso presentarse en su presencia.

Mientras estuvo ausente, supo Cortés con cuánta ligereza é injusticia habia procedido contra su teniente. No habia en el ejército persona en quien mas confiase, como lo probó dándole las comisiones mas delicadas, ni á quien guardase mayores consideraciones. A sí que, luego que volvió Sandoval lo mandó llamar y con la franqueza propia de soldados procuró mitigar al irritado hidalgo; lo que no fué difícil de conseguir, pues éste ademas de que era generoso por carácter, estaba muy adicto á su caudillo y muy empeñado en la empresa, de suerte que no guardó ni el mas leve resentimiento.<sup>18</sup>

Mientras pasaban estos sucesos, se llevaba adelante con increíble actividad la obra del canal, y solo faltaban quince dias para que los bergantines estuviesen concluidos. Necesitábase de la mayor vigilancia para estorbar que los destruyese el enemigo, el cual ya habia hecho tres tentativas infructuosas para quemarlos; pero las precauciones que Cortés habia tomado contra los tetzcocanos mismos, sirvieron no poco para impedir que se verificase.

Por este tiempo recibió embajadas de muchas provincias, algunas de ellas de cerca de la costa del golfo, que le prometian someterse y le demandaban proteccion. Parte de esto era debido á Ixtlilxochitl, que habia subido al trono por muerte de su hermano. Esta importante situacion le dió un influjo y poderío en todo el pais, de los que se aprovechó para someter á los indios bajo el dominio español.<sup>19</sup>

Tambien recibió el general la placentera noticia de que habian arribado á Veracruz tres naves que conducian á doscientos hombres bien provistos de armas y municiones, y setenta

18 Ademas de las autoridades ya citadas, consúltese en cuanto á la expedicion de Sandoval. á: Gomara, Crónica, cap. 126. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 86.

19 "Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reino de Tetzco, sino aun los de las provincias remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al capitan Cortés, y que aunque de las guerras pasadas, algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz, que luego al punto los recibiria en su amistad." Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92.

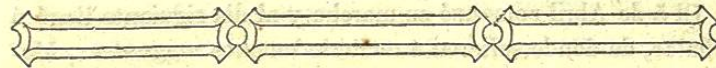
ú ochenta caballos. No podia ser mas oportuno este refuerzo que no se sabe á punto fijo de dónde venia, aunque es probable que de la Española. Como recordará el lector habia enviado Cortés á pedir refuerzos á esta isla, cuyas autoridades tenian á su cargo el gobierno de todas las tierras nuevamente descubiertas, y se habian manifestado varias veces favorables á Cortés, probablemente mas que por cualquiera otro motivo, porque lo consideraban el hombre mas capaz de llevar á cabo la conquista.<sup>20</sup>

Las tropas recién llegadas emprendieron luego al instante su marcha para Tetzoco, cuyas comunicaciones con Veracruz estaban ahora enteramente libres y espeditas. Entre ellos venian varios hidalgos, y uno de ellos, Juan de Alderete, tesoro encargado de cuidar de los intereses de la corona.

Tambien venia un fraile dominico que traia gran copia de bulas pontificias en las que se ofrecian muchos años de indulgencias á los que entrasen en la guerra contra los infieles. Los soldados no fueron omisos en proveerse de aquellas concesiones de la iglesia, y el buen fraile despues de un tráfico muy lucrativo, se volvió á su patria al cabo de pocos meses, cargado de los sustanciosos tesoros de las Indias.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Cortés dice que estas embarcaciones vinieron al mismo tiempo, pero no dice de qué parte. (Relac. Terc., pág. 216.) Bernal Diaz que habla solamente de una nao, dice que era de Castilla (cap. 143). Pero el soldado viejo escribió muchos años despues de la conquista, y puede haber confundido el verdadero orden de los sucesos. Es sumamente improbable que haya venido de Castilla un refuerzo tan importante, siendo así que Cortés no habia recibido ninguna proteccion del rey y ni aun la confirmacion de lo que habia hecho, para que en vista de ella los aventureros de la madre patria tuviesen ningun aliciente que los hiciese alistarse bajo las banderas del conquistador.

<sup>21</sup> Bernal Diaz, cap. 143. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 6.



### CAPÍTULO III.

NUEVO RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL.—ENCUENTROS QUE HAY EN LA SIERRA.—TOMA DE CUERNAVACA.—BATALLAS DE XOCHIMILCO.—ESCÁPASE CORTÉS CON GRAN TRABAJO.—ENTRA EN TLACOPAN.

(1521.)

LA ayuda que se habia prestado á la ciudad de Chalco, no fué parte á impedir que los aztecas renovasen sus hostilidades, por lo que aquella ciudad envió á Tetzoco mensajeros que traian mapas geroglíficos en que estaban pintadas varias plazas fuertes, inmediatas y guarnecidas por los aztecas. Cortés resolvió entonces encargarse él mismo del asunto y socorrer á la ciudad tan eficazmente que quedase en completa seguridad. No solo esto se proponia, sino de paso hacer un reconocimiento de la parte meridional de las lagunas, semejante al que habia hecho de la parte occidental. En su tránsito queria atacar á algunas de las plazas fuertes de donde podian recibir auxilios los mexicanos. Dos ó tres semanas faltaban para que estuviesen concluidos los bergantines, y aunque no resultase ningun otro bien de la espedicion, resultaria por lo menos el de dar ocupacion á los soldados, cuyo espíritu turbulento estaba siempre mal hallado con la monotonía de un campamento.

Escogió para la espedicion treinta caballos y trescientos infantes, y un considerable número de guerreros tetzocanos y tlaxcaltecas. El resto del ejército quedó de guarnicion á las órdenes del digno Sandoval, quien juntamente con el Señor de Tetzoco quedó encargado de acelerar la construccion y complemento de las naos, y de defenderlas de los ataques de los mexicanos.